

Bogdan Piotrowski*

◉ Algunos aspectos axiológicos en la narrativa sobre el narcotráfico en Colombia

El presente trabajo sólo desea ser un primer acercamiento bibliográfico a la novela del narcotráfico, pero a veces también aludimos a textos que, sin desarrollar la temática, la utilizan como telón de fondo y aprovechan momentos claves que amplían la visión. Es sintomático que uno de los más renombrados novelistas colombianos, Gustavo Álvarez Gardeazábal, quien denunció la gravedad de las nuevas circunstancias en su famosa novela *El Divino* (1986), inicie *La Resurrección de los malditos* (2007) con dos epígrafes de dos autores contemporáneos: Umberto Eco y Fernando Savater. El primero dice así: “No estoy emitiendo juicios de valor sobre una cuestión que es sin duda muy delicada. Estoy poniendo de relieve una curiosidad histórico-cultural, un curioso vuelco en las posturas”; el segundo afirma: “He dedicado mucho espacio a la ética para al final darme cuenta de que todo se reduce a tres virtudes: coraje para vivir, generosidad para convivir y prudencia para sobrevivir”. Ambos son una invitación a la reflexión sobre el sentido de la existencia humana y tienen un enorme valor paraliterario. Advierten al lector de la importancia de la temática, de su excepcional relevancia en los tiempos actuales y, a la vez, y quizás sobre todo, de su peligrosidad.

Los inicios: tiempo y espacio

La droga como motivo de ficción literaria surge poco después de su aparición real. Antonio Caballero es quizás el primero en consignarlo en *Sin remedio* (1984), novela que, aunque no focalice el tema del narcotráfico, hace referencias a los adictos. Fue Álvarez Gardeazábal quien, como queda apuntado, entró plenamente en la temática con *El Divino* e inició el subgénero novelesco del narcotráfico. La literatura atestigua el entero proceso de aparición y desarrollo del narcotráfico en Colombia; las diferentes obras se refieren a sus distintos momentos, a los diferentes lugares en que se inició y creció el fenómeno. Parece que los comienzos se dieron en La Guajira y en la Sierra Nevada de Santa Marta, como relata la palpitante novela *Leopardo al sol*, de Laura Restrepo. Álvarez Gardeazábal reitera en *Comandante Paraíso* la realidad de estas circunstancias.

* Bogdan Piotrowski es catedrático en la Universidad de La Sabana (Bogotá, Colombia) y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua. Área de investigación: literatura hispanoamericana y teoría literaria axiológica. Autor, coautor y editor de libros, entre otros: *Mousiké* (2008), *Personaje literario hispanoamericano como un valor* (2008), *Miradas axiológicas a la literatura hispanoamericana* (2007), *Literatura hispanoamericana y sus valores* (2006). Contacto: bogdan.piotrowski@unisabana.edu.co.

Midas McAlister, personaje de *Delirio*, también de Restrepo, vivió sus devaneos con el narcotráfico en la época de mayor impacto, encarnada en Pablo Escobar. En ese momento cumbre se desata el conflicto entre los intereses particulares de los capos y del Estado, y constituye un punto de referencia en el discurso de desnudamiento del personaje: “Voy a invertir mi fortuna en hacer llorar a este país, así me había dicho Pablo, Agustina Bonita, y su fortuna debe ser la más grande del mundo, y si por cada dólar el hombre consigue arrancarnos una lágrima, calcula cuánto nos falta por llorar” (Restrepo 2004: 239). Abundan los textos que aluden a la época, cuyos ecos todavía evocan las detonaciones de los disparos de los sicarios y el estertor de las explosiones pagadas pródigamente por Escobar. *Morir con papá* o *Batallas en el Monte de Venus*, ambas de Óscar Collazos, son novelas ambientadas en los años 80. En la primera se revela los detalles del submundo de los asesinos contratados en los barrios marginales de Medellín; en la segunda, el mundo del sexo, aunque tampoco faltan impactantes referencias a la corrupción en Bogotá y al culto a la apariencia. En ambos textos impacta la confusión moral, el ambiente de fondo lleno de horror promovido por el narcoterrorismo en las ciudades. *El cartel de los sapos*, de López López, narra los años sucesivos a Pablo Escobar y Rodríguez Orejuela al socaire del surgimiento de un nuevo grupo de enorme poderío económico que protege y extiende sus intereses mediante la violencia y la suplantación de contactos en Estados Unidos, México, Venezuela y Europa y la infiltración en sus sistemas.

Aunque los primeros brotes se manifestaran en La Guajira, sus influencias se extendieron con rapidez, asentándose en los distintos departamentos, campos y ciudades, desde las más grandes, como Bogotá, Medellín o Cali, a las pequeñas, como Tuluá, y las medianas como Pereira. En *Sin tetas no hay paraíso*, la exitosa novela de Bolívar Moreno, también la Cartagena colonial sufre las consecuencias del poderío del narcotráfico. En *La balada del pajarillo* (2001), de Germán Espinosa, la acción novelesca se desarrolla entre los años 1990 y 1994, y da testimonio de los vicios reinantes, incluida la drogadicción. No deja de ser llamativa la analogía entre la acción concebida en tiempos y espacios ficticios y los acontecimientos históricos, estableciendo firmes correspondencias entre los modelos simbólicos y los esquemas concretos.

La droga y la sociedad colombiana

La droga penetró rápidamente en todos los estratos de la sociedad colombiana, desde las clases más bajas hasta las más altas. *Rosario Tijeras* es quizá la novela que mejor refleja el fenómeno, al hilo de la búsqueda del sexo y de los estímulos, de los alucinógenos y las ilusiones que cautivan y destruyen a los protagonistas. Rosario es consciente de su dolorosa situación y las lágrimas acompañan su confesión: “De lo que sí hubo exceso fue de droga, hasta yo me propasé. Nos volvimos como tres suicidas compitiendo por llegar primero a la muerte [...]” (Franco 1999: 42). Un personaje del cuento “Noches caras”, de Juan Álvarez, asume con una claridad inusitada la droga como una de las plagas que recorren el mundo: “Por el parque han pasado todas las formas de crueldad que la necesidad y la moda obligan: prostitución, drogadicción, deportismo. Tráfico de órganos” (Álvarez 2005: 15).

Uno de los fenómenos que surgieron cual consecuencia y fuerza motora de la violencia del narcotráfico fue el sicariato. Utilizaban motos para acercarse a las víctimas y, tras

los disparos, desaparecían como ángeles negros. Su actividad criminal comenzó con especial crudeza en Medellín, pero luego se extendió a otras ciudades, y sus operaciones han quedado consignadas en varias novelas. El protagonista de *Morir con papá*, un joven sicario, expresa su dolor y sus vacilaciones: “Experimentar una rara suciedad en el cuerpo, y el nacimiento de la rabia y del resentimiento. Desear de matar a quien le da de comer. Estar a punto de hacerlo y de no hacerlo porque aún matar es una experiencia ajena. Saber el placer de quien paga y de la repulsión de quien le concede el placer” (Collazos 1997: 59). En *Delirio* leemos: “Mientras fue la mujer del hombre que vertiginosamente acumulaba rutas y millones, muertos y esclavos, obediencias y tirones, ella apenas era la mamá de sus hijos y devotamente como él lo había querido y como su padre se lo había enseñado a respetar, no miró para otro lado distinto que para el cachete cada vez más voluminoso de su gordito” (Restrepo 2004: 183). El narcoterrorismo de las FARC, estrechamente ligado con el tema de la droga, constituye la urdimbre de referencia en *Esto huele mal*, de Fernando Quirós.

Fernando Vallejo, reconocido y polémico crítico de su patria, es quien lleva la denuncia más lejos: “El muerto más importante lo borra el siguiente partido de fútbol. Así, de partido en partido se está liquidando la memoria de cierto candidato a la presidencia, [...] que tumbaron a bala de una tarima unos sicarios [...]. Ese día puso el país el grito en el cielo y se rasgaba las vestiduras. Y al día siguiente ¡goooo!” (Vallejo 1994: 39). La confusión borra los límites, el caos de los hechos se diluye entre la conciencia y las apreciaciones éticas. El relativismo imperante va anulando el sentido de la vida misma del individuo y contribuye a la descomposición social. El narrador de *La Resurrección de los malditos* admite su vocación de estirpe faraónica de atesorar todas las riquezas del mundo y unir el poderío económico a una nueva fe que va a encabezar. El abogado del capo Ramsés Cruz deduce que el nombre de su jefe tiene innegables fuerzas religiosas, confusión que tiene implicaciones relativistas evidentes. El sentido del poder ilimitado parece conducir a una imaginación cercana a sensaciones que se confunden con trastornos mentales.

Una de las formas de la violencia causada por el narcotráfico que más afecta a los colombianos es el secuestro. Civiles, policías y militares son tomados prisioneros por las FARC u otros grupos subversivos, pero también ocurre que sean capturados por bandas criminales y entregados o vendidos a los guerrilleros. Las víctimas pueden ser obligadas a vivir en las caletas durante varios meses y, si el cautiverio se prolonga, viven como nómadas en la selva, forzadas a caminar en marchas agotadoras, expuestas a la intemperie, con alimentación escasa y sin atención médica. Larga es la lista de los testimonios conocidos en la literatura referentes al secuestro¹, diversas las visiones y distintos los enfoques, en sintonía con la variedad de experiencias y de opiniones. Las interpretacio-

¹ Valgan los títulos que siguen cual ejemplos significativos, ordenados alfabéticamente por autores: Araujo: *El trapeceista*; Arenas Betancourt: *Memorias de Lázaro*; Bedoya Lima: *Diario de un combate y otra crónica de guerra*; Braun: *El rescate*; Echeverri Mejía: *Bitácora desde el cautiverio*; García Márquez: *Noticia de un secuestro*; Gaviria Correa: *Diario de un gobernador secuestrado*; Henao Ospina: *¿Asesinados por error?*; Lecompte: *Buscando a Ingrid*; Liévano: *Una historia que no fue contada*; Lozada Perdomo: *Crónica de Miraflores*; Marín Bernal: *Itinerario político de un secuestro*; Pax Christi: *La industria del secuestro en Colombia. ¿Un negocio que nos concierne?*; Pérez: *7 años secuestrado por la FARC*; Pinchao: *Mi fuga hacia la libertad*; Rodríguez: *Diario de mi cautiverio*; Romero: *Del secuestro y otras muertes*.

nes dependen también de la proveniencia de los secuestrados, de su posición política e ideológica, de su estrato social y económico, de su nivel cultural.

El impacto del narcotráfico en Colombia y en el exterior

La vinculación al narcotráfico se suele explicar mediante razones económicas, a las que pueden apoyar otras, derivadas de sectores de la organización social. El caso de Ramsés Cruz es un buen ejemplo: estuvo obligado a trabajar desde la niñez para ganar su sustento y el de su madre y hermanos, traficó con ganado y, posteriormente, se lanzó al mundo de la droga. También la protagonista de Bolívar Moreno sueña con el ascenso social: Catalina, de trece años, obnubilada por la opulencia de los narcotraficantes y por la vida dorada de la gente que los rodeaba, es víctima de las apariencias, muy presentes en la novela. Su amiga Yessica la introduce a la prostitución y la relaciona con los capos del barrio y de la ciudad, convirtiéndose en una niña prepago. La pobreza material y ética son puntos de partida de la creación de Collazos (las comunas o los barrios marginales son el caldo de cultivo del deterioro social y de los antivalores). En *Morir con papá*, el protagonista es émulo de su padre, al igual que en *Batallas en el Monte de Venus*, donde Verónica, de apenas doce años, es inducida a la prostitución por su madre. Los primeros son integrantes activos del manejo de la droga; las secundas aparecen como víctimas del dinero fácil.

Los escenarios típicos al inicio para algunas regiones se extendieron a todo el país e incluso hasta fuera de sus fronteras. Las interpretaciones críticas se dirigen especialmente hacia el gran imperio del norte y revelan sus confabulaciones con el mundo ilícito: “Contra todo lo que se ha hecho saber, hay mucha más gente de los servicios de Aduana, de la DEA y de otras entidades del gobierno federal involucradas en la tolerancia al ingreso de la cocaína al mercado de los Estados Unidos” (Álvarez Gardeazábal 2002: 173). Se trata de una ficción, pero su visión parte de una documentación concienzuda, a la vez que refleja los criterios que circulan entre los colombianos. En *La Resurrección de los malditos*, hace una cruda denuncia de la corrupción y la situación estructural de los diferentes poderes en Colombia, circunstancia nefasta que afecta a la política, al ejecutivo, al legislativo, a la justicia.

En los negocios de narcotráfico ocurre con frecuencia que colabore la familia entera. Ramsés Cruz prefería conservar cierto anonimato, retirado en las fincas, y no compartía las actuaciones de su hermano o de su cuñado, que hacían enormes inversiones en las islas caribeñas, Manhattan o Luxemburgo. La consternación de los familiares al constatar con perplejidad las diferencias de trato aplicadas por la justicia es muy evidente. Gualdupe, al darse cuenta de la captura de su marido, insinúa: “Hagamos aparecer esto como una entrega voluntaria” (Álvarez Gardeazábal 2007: 16-17). Más adelante justifica sus razones: “le creyeron al presidente Gaviria y a sus pactos pero cuando vieron que a Pablo Escobar le hicieron su catedral privada para recluirlo [...]” (2007: 17). El uso de los nombres propios y las referencias a las historias divulgadas ampliamente por los medios de comunicación pretende dar más veracidad a la ficción.

Como cabe esperar, en las novelas del narcotráfico se vislumbra el rechazo de la violencia nacida del narcotráfico y se incluye a todos los grupos fuera de la ley, como la guerrilla y los paramilitares. Su desprestigio iba creciendo en sintonía con la realidad: en la literatura se consigna que hasta los máximos jefes guerrilleros sacrificaron los principios

ideológicos en aras de su poder. La dramática experiencia de la población en Antioquia –a menudo considerada como el departamento más dominado por la droga– figura, entre otros, en Vallejo: “Y cuando han vuelto el Mono Jojoy, Raúl Reyes, Romaña y Tirofijo a sus quehaceres, a torturar rehenes, he aquí que vuelven los loros a refrendarles lo dicho con la muestra de su desprecio. [...] ¿Cuál es el hijueputa más grande de Colombia? A ver. Advinen. Pasan los loros en bandada y le remachan al hijueputa la madre: –¡Tirofijo hijueputa! Jua, jua, jua, jua, jua, juaaaa...! (Vallejo 2004: 22-23). Al comienzo de la creación de los grupos de Autodefensas de Colombia se cumplía el objetivo principal: proteger la población civil de los ataques de los grupos izquierdistas, pero con el tiempo esta finalidad se desvirtuó. Tanto los grupos de la izquierda como de la derecha empezaron a disputarse el dominio de los cultivos de la coca y sus fabulosas ganancias. Los tres grupos ilegítimos –el narcotráfico, la narcoguerrilla y los paramilitares– aparecen como factores subversivos, altamente desestabilizantes, que promueven la violencia y desconfiguran la nación.

Los capos y la narrativa

Hallamos una justificación de la violencia del narcotráfico como consecuencia de la violencia partidista de los años 50 en el comportamiento del protagonista de *La Resurrección de los malditos*: “Sólo tenía cuatro años cuando su padre llegó por última vez con las manos ensangrentadas a esconderse de las nuevas tropas uniformadas que el gobierno de la Junta Militar mandaba en su cacería” (Álvarez Gardeazábal 2007: 21). Comprobamos que la interpretación del presente depende del pasado, que en las mismas páginas aparece la justificación del rencor de Ramsés Cruz contra el Gobierno: el niño, al ser privado de la presencia de su padre, estaba obligado a trabajar. Más adelante, el protagonista asume la blasfema imagen de Redentor, convencido de que el poder proveniente del narcotráfico puede transformarse en una nueva fuerza capaz de reordenar el mundo y asegurar la nueva justicia.

Pero no siempre las justificaciones por pertenecer a algún cartel se deben a necesidades económicas o al pasado histórico. Midas McAlister explica sus vínculos con el narcotráfico adjudicándolo al destino y a un inocente juego: “¿Me crees si te digo que este desastre empezó con una simple apuesta? [...] una apuesta de lo más ordinaria, una chanchada, [...] una jugarreta que resultó sangrienta” (Restrepo 2004: 13). Midas, como su homónimo, adoraba al becerro de oro, pero en la versión de Restrepo no tiene condición de rey: es un arribista que hasta se avergüenza de su familia y la abandona. López López es un caso particular en el panorama literario al ser el autor de *El cartel de los sapos* y narcotraficante reconocido. Su novela es un testimonio sin precedentes, su escritura altamente autobiográfica; y crea un espacio nuevo en la temática del narcotráfico. Un escritor de testimonio que desea decir algo adicional, ser oído y ofrecer otro punto de vista para depurar el conocimiento y profundizar en una reflexión particular sobre la problemática.

El oropel de la droga

Los *traquetos*, gestores intelectuales y materiales de la producción y de la venta de la cocaína, crearon, como exteriorización de su poderío, una especie de subcultura de ado-

ración al becerro de oro y realización de deseos y caprichos. La apabullante riqueza exigía su reconocimiento y los capos no enmascaraban sus intenciones: las manifestaban en todas las variantes posibles. Y llegó el momento en que no les bastaba con lo alcanzado: querían conquistar también el poder político, ocupar puestos destacados en la administración pública regional y nacional, en el Congreso. La violencia era un estilo de convivencia, impulsado por el narcotráfico que despreciaba los principios de la ética y, al socaire de las tendencias postmodernas en boga, imponía con facilidad sus criterios a contrapelo de todas las capas sociales. Virginia, viuda de Oropeza en la novela *Batallas en el Monte de Venus*, simboliza la apología del placer y del sexo, vendidos y comprados en el devenir del derroche y de la inconsciencia de los señores y de los esclavos de la droga. Los recursos paronímicos y etimológicos de los nombres (Virginia, Verónica, Oropeza) son sencillos recursos que enfatizan aún más el derrumbe moral que atraviesa la sociedad.

Por lo demás, como sabemos, las creaciones más logradas no dejan de señalar los fastos y pompas más tópicos de los narcotraficantes, desde las lujosas fincas y mansiones a los apartamentos estrafalarios y la casa fortaleza con laberintos subterráneos y caletas repletas de armas, custodiados por perros y guardaespaldas; y todo asistido por cámaras y sofisticados equipos electrónicos. Sus fiestas debían ser oídas a centenares de metros a la redonda, y los tragos —preferiblemente whisky de 18 años— se tomaban acompañados por mariachis, estridentes sonidos de violines y trompetas, alucinantes salsas y aturdidores vallenatos, según la región. Sus paseos por el campo, en las burbujas o las narcocamionetas, se festejaban con disparos al aire o se hacían en compañía de numerosos jinetes a caballo. Donde aparecían, desaparecía la intimidad y se desataban los escándalos, balacearas, requisas, todo ello enmarcado en un ambiente de amenazas y de zozobras.

Debemos a Laura Restrepo una imagen inolvidable de la estética —o más bien la antiestética— de los capos. La lujuria corporal y material se reflejan, de modo insinuante, en el sitio de su consumación, que en cierto modo podría ser considerado como un símbolo narco: “una gran cama circular elaborada en carey, con el colchón de agua, juego de espejos, bar incorporado, colcha de colas de zorro” (Restrepo 1993: 142). También el trasfondo de la reconocida *Femina suite* de Moreno-Durán abunda en alusiones a la manera de vivir de los narcotraficantes y de la gente que se les pegaba. La ordinariez, la ostentación y el mal gusto rigen el comportamiento de los *traquetos*, de cuyos cuellos cuelgan pesadas cadenas de oro y cuyo entorno está acompañado de ráfagas de metrallas que paralizan a los habitantes del barrio.

La especificidad de la subcultura de los narcotraficantes consignada en la narrativa, influye activamente en la ficción y contribuye a la interpretación de su sistema de significación. Parece que la influencia del postmodernismo, como signo de época, favorece la transformación social liderada por los capos de la droga. La literatura facilita la referencialidad al mundo real y su consecuente comprensión mediante el recurso metafórico de la sustitución, del proceso de metonimia y su relación asociativa. Seguro es, sin embargo, el desmoronamiento del sistema de valores y de la identidad, que atañe a protagonistas y allegados y a la entera sociedad: la novela del narcotráfico, además de ser un testimonio, hace y consolida la memoria y la conciencia colectiva. La figura del narcotraficante corresponde al personaje literario postmoderno de antihéroe o de agonista, generador de una sociedad desquiciada en que se refleja la inversión de la jerarquía de los valores, tan enfatizada por Derrida.

Anotaciones finales

Desde hace más de un cuarto de siglo la literatura denuncia y testifica el caos que causa el narcotráfico en un país y sus diferentes formas de violencia. No pocas veces la narración recurre al sarcasmo, a la broma o a actitudes escépticas e irónicas con ánimo de mitigar el dolor. La inconformidad con la situación vivida, causada por el narcotráfico y la corrupción de las fuerzas públicas, se extiende a la valoración del país. La narrativa del narcotráfico ha ido configurando un nuevo género literario nacional, promovido por la actitud mimética frente a los acontecimientos que vive Colombia en sus últimos decenios. Son muchos los textos de los que se deduce que la violencia impulsada por la mafia se debe a la injusticia social reinante en el país, y que deriva de la violencia partidista que lo sacudió a mediados de siglo. Si nadie cuestiona la existencia de la novela de la violencia como uno de los elementos constitutivos de la literatura colombiana, un notorio corpus de novelas sobre el narcotráfico está contribuyendo a la conformación de un nuevo género. Como práctica discursiva, esta narrativa evidencia las contradicciones e intenta acceder a un marco axiológico que permita a cada lector rescatar el concepto de dignidad de la persona y el sentido de la existencia: la crisis causada por el narcotráfico y la labor educativa de la literatura permiten esperar una reacción favorable.

Al analizar el panorama, se puede constatar que la actitud desilusionada, pesimista, rebelde y destructora ante la realidad conduce a autores como Álvarez Gardeazábal, Vallejo, Restrepo y otros, a asumir lo grotesco, lo cínico y lo brutal, aún a riesgo de ser malentendidos, de aniquilar los brotes de esperanza. Las tinieblas y la destrucción afectan implacablemente al mundo creado: un mundo agresivo, deshecho y degradado. Es como si el Apocalipsis hubiera desplazado o incluso aniquilado los anhelos de paraíso. Con frecuencia en sus obras, la muerte y el horror se entremezclan con el amor y la pasión, situación confirmada al pie de la letra en *Rosario Tijeras*, obra que por su tono melodramático (característico en las novelas de Franco, pero también de otros autores), ofrece una voz familiar al público lector. Sin embargo, aunque en estos textos predomine más la estética de los sentimientos, no se puede omitir en la sistematización literaria² la capacidad de denuncia y testimonio en que prevalece lo mimético, como bien ilustra *El cartel de los sapos*.

Y si al inicio surgen ejemplos en que los narcotraficantes aparecen como salvadores y protectores del pueblo, símbolos de ascenso social y de una nueva justicia, con el tiempo y la creciente toma de consciencia, su papel se acerca más a la realidad en que se evidencian sus actos criminales. El simulacro de la gran vida que ostentan los narcotraficantes es otra manifestación de la trágica situación de la persona que se preocupa más por tener que por ser. El afán de tener oscureció el sentido de la existencia y, por ende, el aprecio de la dignidad de la persona. El individuo contagiado por las tendencias culturales dominantes que pregonan la inversión de la jerarquía de los valores al vincularse a la producción de la droga y a su tráfico, ha degradado la realidad de la vida al reduccionismo físico-biológico, espiritual y psicológico. Al abandonar la tradición y el sistema axiológico reconocido, el hombre saltó al abismo del desconocimiento, donde descubrió los amargos sabores de la ignorancia. La narrativa del narcotráfico demuestra cómo la per-

² Véase al respecto las conocidas monografías de Roman Ingarden (1973, 1983, 1989, 1997 y 2002).

sona, desafiando el tiempo y el espacio de las circunstancias de la vida, se vuelve víctima y, con frecuencia, su propio victimario. Los personajes literarios, cuando niegan su acto de libertad para el bien, asumen su propia condena y refuerzan el cerco hostil a sí mismos.

Resulta sumamente importante subrayar desde el punto de vista axiológico que las relaciones bilaterales de este nuevo género novelesco entre la realidad histórica y la creación literaria corresponden conjuntamente a la búsqueda de la salida del abismo creado por el narcotráfico. El valor testimonial de estos textos está relacionado con el intento de estudiar los fenómenos sociales complejos y con el deseo de contribuir a una visión diferente de la historia en la que los testigos presencian la verdad. A su vez, la literatura, en su papel de albacea de la cultura, propone un sistema de valores y contribuye a la construcción del sentido de la vida. Ante el desmoronamiento de las circunstancias socio-culturales, se percibe la tendencia a rescatar y a enaltecer el concepto de la dignidad de la persona humana. A pesar de que la narrativa refleja variedad de opciones en la interpretación de la existencia, su pluralidad no descarta el objetivo común que es el bien del individuo y de la vida misma.

Bibliografía

- Álvarez, Juan (2005): “Noches caras”. En: *Falsas alarmas*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, pp. 163.
- Álvarez Gardezabal, Gustavo (1986): *El Divino*. Bogotá: Plaza y Janés.
- (2002): *Comandante Paraíso*. Bogotá: Grijalbo.
- (2003): *Las mujeres de la muerte*. Bogotá: Mandadori.
- (2007): *La Resurrección de los malditos*. Tuluá: Ediciones Luna Nueva.
- Álvarez Guarín, Sergio (2001): *La lectora*. Bogotá: Santillana.
- Araujo, Fernando (2008): *El trapeceista*. Bogotá: Planeta.
- Bolívar Moreno, Gustavo (2006): *Sin tetas no hay paraíso*. Madrid: El Tercer Nombre.
- Caballero, Antonio (1984): *Sin remedio*. Madrid: Bruguera.
- Castaño, Fabio (1996): *Los jinetes de la cocaína*. Bogotá: Oveja Negra.
- Castaño, José Alejandro (2008): *Zoológico Colombia*. Bogotá: Norma.
- Castro Caicedo, Germán (1994): *La bruja*. Bogotá: Planeta.
- Collazos, Óscar (1997): *Morir con papá*. Bogotá: Seix Barral.
- (2003): *Batallas en el Monte de Venus*. Bogotá: Seix Barral.
- Espinosa, Germán (2001): *La balada del pajarillo*. Bogotá: Alfaguara.
- Franco, Jorge (1999): *Rosario Tijeras*. Bogotá: Plaza y Janés.
- García Márquez, Gabriel (1996): *Noticia de un secuestro*. Bogotá: Norma.
- Giraldo, Luz Mary (2000): *Narrativa colombiana: búsqueda de un nuevo canon, 1975-1995*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- González Restrepo, Mario (2004): *Confesiones de un burgués terrorista*. Bogotá: Norma.
- Henao Ospina, E. (2002): *¿Asesinados por error?* Bogotá: Intermedio Editores.
- Ingarden, Roman (1973): *Cognition of the literary work of art*. Evanston: Northwestern University Press.
- (1983): *Man and Value*. Washington D.C.: Catholic University of America Press.
- (1989): *Estética de la recepción*. Madrid: Visor.
- (1997): *Sobre el problema de la relatividad de los valores*. Madrid: Universidad Complutense.
- (2002): *Lo que no sabemos de los valores*. Madrid: Encuentro.

- Jaramillo Morales, Alejandra (2006): *Nación y melancolía: narrativas de violencia en Colombia*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Keppel, Tim (2006): *Alerta de terremoto*. Bogotá: Alfaguara.
- Lecompte, Juan Carlos (2005): *Buscando a Ingrid*. Bogotá: Aguilar.
- López López, Andrés (2008): *El cartel de los sapos*. Bogotá: Planeta.
- Lozada Perdomo, J. (2004): *Crónica de Miraflores*. Medellín: Señal Editorial.
- Molano, Alfredo (1994): *Trochas y fusiles*. Bogotá: Santillana.
- Morales Benítez, Otto (1998): *Caminos del hombre en la literatura*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Moreno-Durán, R. H. (1997): *Femina suite*. Bogotá: Alfaguara.
- Pérez, L. E. (2008): *7 años secuestrado por la FARC*. Bogotá: Aguilar.
- Pinchao, J. (2008): *Mi fuga hacia la libertad*. Bogotá: Planeta.
- Quirós, Fernando (2006): *Esto huele mal*. Barcelona: Seix Barral.
- Restrepo, Laura (1993): *Leopardo al sol*. Bogotá: Planeta.
- (2004): *Delirio*. Bogotá: Alfaguara.
- Rodríguez, María Carolina (2008): *Diario de mi cautiverio*. Bogotá: Norma.
- Salazar Jaramillo, Alonzo (1990): *No nacimos pa' semilla*. Bogotá: Planeta.
- Vallejo, Fernando (1994): *La Virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara.
- (2001): *El desbarrancadero*. Bogotá: Alfaguara.
- (2004): *Mi hermano el alcalde*. Madrid: Alfaguara.